

HONORÉ DE BALZAC

Memorias de dos jóvenes esposas

GRANDES CLÁSICOS  FUNAMBULISTA



Memorias de dos jóvenes esposas

Grandes Clásicos

Honoré de Balzac

Memorias
de dos jóvenes esposas

Traducción Joaquín García Bravo

Revisión de Max Lacruz



Primera edición: septiembre de 2017

Título original: *Mémoires de deux jeunes mariées* (1841)

© de la traducción: Joaquín García Bravo

© de la revisión de la traducción: Max Lacruz, 2017

© de la presente edición: Editorial Funambulista, 2017

c/ Flamenco, 26 - 28231 (Las Rozas) Madrid

www.funambulista.net



Esta obra ha sido publicada con una subvención del Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, para su préstamo público en Bibliotecas Públicas, de acuerdo con lo previsto en el artículo 37.2 de la Ley de Propiedad Intelectual

IBIC: FC

ISBN: 978-84-947129-3-7

Depósito Legal: M-23295-2017

Maquetación de interiores y cubierta: Gian Luca Luisi

Motivo de la cubierta: *Penning a Letter*, George Goodwin Kilburne (1839-1924)

Impresión y producción gráfica: Gohegraf

Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47)

Reservados todos los derechos. No se permite reproducir, almacenar en sistemas de recuperación de la información ni transmitir parte alguna de esta publicación, cualquiera que sea el medio empleado —electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, etc.— sin el permiso previo por escrito de los titulares del *copyright*.

Memorias
de dos jóvenes esposas



A GEORGES SAND

Esto, querida Georges,¹ no dará brillo alguno a su apellido, que premiará este libro con su mágico reflejo, pero, por mi parte, no hay en ello ni cálculo ni modestia. Deseo dar cuenta de la amistad verdadera que ha existido entre nosotros a través de nuestros viajes y ausencias, y a pesar de nuestros trabajos y de las maldades del mundo. Este sentimiento sin duda no se alterará jamás. El cortejo de nombres amigos que ha de acompañar mis composiciones mezcla algo de alivio a las penas que me causa el gran número de estas, que no sin dolor son muestra de los reproches que me ha valido mi amenazadora fecundidad, como si el mundo que veo ante mis ojos no fuese infinitamente más fecundo. Georges, ¿no será hermoso que llegue un día en que el anticuario de las literaturas destruidas encuentre en este cortejo solo grandes nombres, corazones nobles, amistades puras y santas y las glorias de este siglo? ¿No tengo yo motivo para mostrarme más orgulloso de esta dicha cierta que de éxitos siempre cuestionables? Y, para quien la conoce bien, no es más que una dicha poder decirse, como yo me digo,

su amigo,
DE BALZAC

París, junio de 1840

1. George Sand, sin 's' en el nombre, es el seudónimo que usaba Amantine Aurore Lucile Dupin para firmar sus escritos. Hemos preferido dejar la grafía de las primeras ediciones de la obra, que el mismo Balzac nunca llegó a corregir. (*N. del E.*)

PRIMERA PARTE

I

A la señorita Renée de Maucombe

PARÍS, SEPTIEMBRE

Mi cervatilla querida:

¡Yo también he salido! Y si tú no me has escrito a Blois, yo también soy la primera en estar en nuestro hermoso punto de cita de esta correspondencia. Alza tus hermosos ojos negros, fijos en mi primera frase, y guarda tu exclamación para la carta en que he de confiarte mi primer amor. Siempre se habla de un primer amor; ¿existe, acaso, un segundo? «¡Cállate! —me dirás; dime más bien, me preguntarás—: ¿cómo saliste de ese convento en que tenías que profesar?». Querida mía, ocurra lo que ocurra con las carmelitas, el milagro de mi libertad ha sido la cosa más natural. Los gritos de una conciencia asustada acabaron por imponerse a las órdenes de una política inflexible; eso es todo. Mi tía, que no quería verme morir consumida, logró vencer a mi madre, que prescribía siempre el noviciado como único remedio a mi enfermedad. La

negra melancolía en la que caí después de tu partida precipitó el feliz desenlace. Y estoy en París, ángel mío, y te debo a ti esta dicha. Renée mía, si me hubieses podido ver el día en que me encontré sin ti, habrías estado orgullosa de haber inspirado sentimientos tan profundos a un corazón tan joven. Soñamos tanto juntas, desplegando de tal modo nuestras alas, e hicimos tanto tiempo vida en común que creo que nuestras almas están soldadas como lo estaban las de aquellas dos muchachas húngaras cuya muerte nos contó el señor Beauvisage,² que, a decir verdad, no tenía nada de lo que anuncia su apellido. Jamás médico alguno de convento fue mejor escogido. ¿No estuviste tú enferma al mismo tiempo que tu buena amiga? En el sombrío abatimiento que se apoderó de mí, no podía por menos que reconocer uno a uno los lazos que nos unen; los creí rotos por el alejamiento, sentí hastío por la vida como una tortolita desparejada, encontraba agradable la muerte, e iba muriéndome poco a poco. ¡Estar sola en las carmelitas, en Blois, ser presa del temor de tener que hacer allí mi profesión de fe sin que haga mi prefacio la señorita de la Vallière y sin mi Renée!; eso sí era una enfermedad, y una enfermedad mortal. Aquella vida monótona en que cada hora aparece un deber, una oración o un trabajo, que son siempre idénticos, hasta el punto de que en cualquier sitio se puede decir a todas horas lo que hace una carmelita en tal o cual momento del día o de la noche; esta horrible existencia, en que es indiferente que las cosas que nos

2. Beauvisage significa «cara bella». (*N. del T.*)

rodean sean o no sean, había llegado a ser para nosotras la más variada; el entusiasmo de nuestra mente no conocía límites, la fantasía nos había dado la llave de sus reinos, éramos alternativamente la una para la otra un encantador hipogrifo, la más alerta despertaba a la más dormida, y nuestras almas jugueteaban a placer apoderándose de ese mundo que nos estaba prohibido. Todo, hasta la vida de los santos, ¡nos ayudaba a comprender las cosas más recónditas! El día en que me privaron de tu grata compañía pasé a ser lo que es una carmelita a nuestros ojos, una danaide moderna que, en lugar de procurar llenar un tonel sin fondo, saca todos los días, de no sé qué pozo, un cubo vacío esperando sacarlo lleno. Mi tía ignoraba nuestra vida interior. Ella, que se hizo un mundo celestial con las dos fanegas de tierra de su convento, no se explicaba mi horror hacia la vida. Para recibir el abrazo a nuestra edad, la vida religiosa exige una excesiva sencillez de la que nosotras carecemos, mi cervatilla, o el ardor de la abnegación que hace sublime a mi tía, quien se ha sacrificado por un hermano adorado; pero ¿quién puede sacrificarse por desconocidos o por meras ideas?

Pronto hará quince días que tengo tantas locas palabras refrenadas, tantas meditaciones enterradas en el corazón, tantas observaciones que comunicar y tantos relatos que hacer, de los que solo tú puedes ser destinataria, que sin el recurso de esta correspondencia, que hace las veces de nuestras gratas charlas, me asfixiaría. ¡Cuán necesaria nos es la vida del corazón! Empiezo mi diario esta mañana y me imagino que el

tuyo ha comenzado ya, y que dentro de pocos días viviré en el fondo de tu hermoso valle de Gémenos, del que solo conozco lo que me has contado, como tú vas a vivir en París, del que solo conoces lo que hemos soñado juntas.

Ahora bien, hermosa hija mía, en una mañana que quedará señalada con un marcador rosa en el libro de mi vida, llegaron de París una señorita de compañía y Philippe, el último mayordomo de mi abuela, con encargo de llevarme con ellos. Cuando, después de haberme llamado a su cuarto, mi tía me comunicó la noticia, la alegría me cortó la palabra y me quedé mirándola estupefacta.

—Hija mía —me dijo con su voz gutural—, ya veo que me dejas sin pesar, pero este adiós no es el definitivo; volveremos a vernos. Dios ha colocado en tu frente la señal de los elegidos, y posees el orgullo que lo mismo conduce al cielo que al infierno; sin embargo, ¡eres demasiado noble para caer! Te conozco mejor de lo que te conoces tú misma, y la pasión no será en ti lo que es en las mujeres ordinarias.

Y atrayéndome dulcemente hacia sí, me besó en la frente, haciéndome sentir aquel ardor que la devora y que ha ennegrecido el azul de sus ojos, que ha enternecido sus párpados, arrugado sus sienes y que ha amarilleado su bello rostro. Se me puso la carne de gallina. Antes de contestar, le besé las manos:

—Querida tía, si sus adorables bondades no han bastado para que yo hallase su Paraclito salubre para el cuerpo y dulce para el corazón, he de derramar tantas lágrimas antes de volver a él que estoy segura

que nunca desearía usted mi vuelta. No quiero volver aquí a no ser después de haber sido traicionada por mi Luis XIV; y si consigo hacerme con uno, ¡solo la muerte podrá arrancármelo! No tendré miedo alguno de todas las Montespan.

—Anda, locuela —me dijo sonriendo—, no dejes aquí estas ideas vanas, y llévatelas, que eres más Montespan que La Vallière.

La besé. La pobre mujer no pudo resistir al deseo de acompañarme al carruaje, donde sus ojos se fijaron en mí y luego en el escudo de armas de mi linaje paterno.

Me sorprendió la noche en Beaugency sumergida en el embotamiento moral que me había producido este singular adiós. ¿Qué iba a encontrar pues en este mundo tan fuertemente deseado? Primero, no encontré a nadie para recibirme, y los aprestos de mi corazón se perdieron; mi madre estaba en el Bois de Boulogne, y mi padre reunido en consejo; según me dijeron, mi hermano, el duque de Rhétoré, solo acude un momento antes de cenar para vestirse. La señorita Griffith (tiene garras como su apellido)³ y Philippe me acompañaron a mi habitación.

Esta habitación es la de aquella abuela tan amada, la princesa de Vaurémont, a quien debo una pequeña fortuna de la que nadie me ha hablado. Al leer esto estoy segura de que participarás de la tristeza que se apoderó de mí al entrar en aquel lugar consagrado por mis recuerdos. ¡La habitación estaba como ella la había dejado! Iba a acostarme en el lecho en

3. «Griffes», en francés, significa garras. (*N. del T.*)

el que ella murió. Sentada en el borde de su *chaise longue*, lloré sin ver que no estaba sola y pensé que muchas veces me había puesto en sus rodillas para escucharla mejor. Desde allí había visto su rostro oculto entre los encajes rojizos, demacrada tanto por la edad como por los dolores de la agonía. Ese cuarto me parecía aún tibio con el calor que la muerta desprendía. ¿Por qué circunstancia la señorita Armande-Louise-Marie de Chaulieu se vio obligada, como una campesina, a dormir en el lecho de su madre, casi hasta el mismo día de su muerte? Y es que me parecía que la princesa, muerta en 1817, había expirado la víspera. El cuarto me ofrecía cosas que no debían encontrarse allí y que probaban cuán descuidadas se muestran las gentes ocupadas en los asuntos del reino respecto a los suyos propios, y cuán poco se había pensado, una vez muerta, en aquella noble mujer, que será una de las figuras más señeras del siglo XVIII. Philippe adivinó, sin duda, el origen de mis lágrimas y me dijo que la princesa me había legado su mobiliario en el testamento. Por otro lado, mi padre había dejado las grandes habitaciones en el mismo estado en que las había dejado la Revolución. Entonces me levanté, Philippe me abrió la puerta del saloncito que da a la sala de recepción, y lo encontré en el estado destartado en que yo lo había conocido; la parte superior de las puertas, que tenía preciosos cuadros, luce ahora desnuda; los mármoles están rotos y los espejos han desaparecido. Antaño, sentía miedo al subir la gran escalinata y atravesar la vasta soledad de estas salas de techos altos, y me iba al aposento

de la princesa por una escalerita que hay debajo de la bóveda de la escalinata y que conducía a la puerta oculta de su tocador.

El aposento, compuesto de un salón, un dormitorio y aquel bonito tocador tapizado de encarnado y oro del que te he hablado, ocupa el pabellón que da a los Invalides. El palacete solo está separado del bulevar por un muro cubierto de enredaderas y por una magnífica alameda cuyos árboles mezclan las ramas de sus copas con las de los olmos del bulevar. Sin la cúpula color oro y azul y sin las masas grisáceas del edificio de los Invalides, creería una estar en un bosque. El estilo de estas tres piezas y su ubicación anuncian claramente que fueron la residencia habitual de las duquesas de Chaulieu, y que la de los duques debe encontrarse en el pabellón de enfrente; ambas están decentemente separadas por dos cuerpos de edificio y por el pabellón de la fachada donde se hallan esos grandes salones oscuros y sonoros que Philippe me enseñaba aún despojados de su esplendor, tal como los había visto en mi infancia. Al ver el asombro pintado en mi rostro, Philippe adoptó cierto aire confidencial. Querida mía, en esta casa diplomática, todos son discretos y misteriosos. Entonces me dijo que se esperaba una ley por la cual se devolvería a los emigrados el valor de sus bienes. Mi padre aplaza la restauración de su palacete hasta el momento de ese resarcimiento. El arquitecto real valoró los bienes en trescientas mil libras. Esta confianza tuvo como resultado que me dejase caer sobre el sofá de mi salón. ¡Cómo es posible! ¿En lugar de

emplear mi padre esta suma en casarme, me dejaba morir en el convento? He aquí la reflexión que me hice en el umbral de la estancia. ¡Ah, Renée, cuánto me he acordado de ti, y cuánto recuerdo los días en que mi abuela animaba estas dos habitaciones! Ella, que no existe más que en mi corazón, y tú, que estás en Maucombe, a doscientas leguas de mí, sois los dos únicos seres que me aman o me han amado. Aquella querida anciana de joven mirada quería despertarse al sonido de mi voz. ¡Cómo nos entendíamos! El recuerdo alteró de pronto las primeras disposiciones en que me encontraba al principio. Encontré algo sagrado en lo que acababa de parecerme una profanación. Me resultó grato respirar el vago olor a polvos de peluca que subsistía allí, y grato el dormir bajo la protección de aquellas cortinas de damasco amarillo con dibujos blancos, donde sus miradas y su aliento debieron de dejar algo de su alma. Mandé a Philippe que devolviera el lustre a aquellos mismos objetos y que diese a aquellas estancias la vida propia para ser habitadas. Yo misma le indiqué la manera en que había de disponerlo todo, y asigné a cada mueble su sitio. Pasé revista a todo, tomando posesión de ello, y busqué el medio de reverdecer aquellas antigüedades que tanto amo. El dormitorio está pintado de blanco, aunque un poco oscurecido por el tiempo, del mismo modo que los arabescos de color dorado muestran en algunos lugares matices rojizos; pero estos efectos están en armonía con los colores desleídos de la alfombra de la Savonnerie que fue regalada a mi abuela por Luis XV, lo mismo que su retrato. El reloj

es un regalo del marqués de Sajonia. Las porcelanas de la chimenea provienen del mariscal de Richelieu. El retrato de mi abuela, hecho hace ya veinticinco años, tiene un marco ovalado y está enfrente del rey. El del príncipe no se encuentra aquí. Me agrada este olvido franco y sin hipocresía, que pinta con un solo rasgo este delicioso carácter. Durante una gran enfermedad que sufrió mi tía, su confesor insistía en que el príncipe, que esperaba en el salón, entrase.

—Con el médico y sus ayudantes... —dijo ella.

El lecho es de pabellón con la cabecera almohadillada, y las cortinas que lo cubren caen formando anchos y hermosos pliegues; los muebles son de madera dorada, tapizados con ese damasco amarillo con flores blancas, y son de igual tejido las cortinas de las ventanas, que están forradas de raso blanco que parece moaré. La parte superior de las puertas está pintada no sé por quién, pero representa un alba y un claro de luna. La chimenea es de extraordinario gusto. Se conoce que en el siglo pasado se vivía mucho al amor de la lumbre. Allí ocurrían grandes acontecimientos: el hogar, de cobre dorado, es una maravilla de escultura; las jambas y el dintel están admirablemente acabados; la pala y las tenazas dan cuenta de un primoroso trabajo, y el fuelle es una verdadera alhaja. La tela de los abanicos de la chimenea proviene de los Gobelinos, y su armazón es exquisita. Las extravagantes figuras que corren a lo largo de la base y de las barras de apoyo son encantadoras; todo está trabajado como si fuese un abanico de lujo. ¿Quién le daría este hermoso mueble que ella amaba tanto?

Quisiera saberlo. Cuántas veces la vi con los pies sobre la barra, sumida en su poltrona, con la saya medio levantada hasta las rodillas, cogiendo, dejando y volviendo a coger su tabaquera que estaba sobre la mesa, entre su caja de pastillas y sus mitones de seda. ¡Era muy coqueta! Hasta el día de su muerte cuidó de su persona como si se encontrase al día siguiente de aquel en que se hizo este hermoso retrato y como si esperase la flor de la corte que se arremolinaba en torno a ella. Esta poltrona me recuerda el inimitable movimiento que imprimía a sus faldas al sentarse. Estas mujeres de antaño se llevan consigo ciertos secretos que pintan su época. La princesa tenía movimientos de cabeza, una manera de decir y de mirar y un lenguaje particular que yo no he observado en mi madre: había en ellos astucia e ingenuidad, y arte sin afectación; su conversación era prolija a la par que lacónica, narraba bien y retrataba en tres palabras. Tenía, sobre todo, esa excesiva libertad de juicio que indudablemente ha influido en la manera de ser de mi alma. De los siete a los diez años viví en su regazo, y le gustaba tanto el tenerme a su lado como a mí el estar con ella. Esta predilección ha sido causa de más de una disputa entre ella y mi madre, que no tenía en cuenta que nada aviva tanto un sentimiento como el viento helado de la persecución. Con qué gracia me decía: «¿Ya estás aquí, mascarita mía?», cuando la culebra de la curiosidad me prestaba su maña para llegar sin ser sentida hasta ella. Ella sabía que yo la amaba, y gustaba de mi sencillo amor, que pasaba a ser una especie de rayo de sol en medio de

su invierno. No sé lo que pasaba en su cuarto por la noche, pero sí sé que la visitaba mucha gente, porque cuando yo iba por las mañanas de puntillas para ver si estaba ya despierta, veía los muebles de su salón desordenados, las mesas de juego abiertas y muchas colillas de cigarro por los rincones. Este salón es del mismo estilo que el dormitorio: los muebles están admirablemente labrados y trabajados. Guirnaldas de flores ricamente esculpidas y de un hermoso carácter serpentean a través de los espejos y descienden a lo largo en festones. Sobre las consolas se ven hermosísimos jarrones chinos. El fondo de los muebles es de un color de plomo y blanco. Mi abuela era una morena altiva y picante, y el color de su tez se adivina por la elección de los colores. En este salón he vuelto a encontrar una mesa de escritorio, cuyas figuras distrajeron mucho mis ojos en otro tiempo: está chapada con plata cincelada, y le fue regalada por un tal Lomellini de Génova. Cada lado de esta mesa representa las labores de cada estación; los personajes son de relieve y los hay a centenares en cada cuadro. He permanecido dos horas sola, repasando uno a uno mis recuerdos en el santuario en que expiró una de las mujeres más célebres de la corte de Luis XV, tanto por su talento como por su belleza. Ya sabes cómo, en 1816, me separaron bruscamente de ella de la noche a la mañana.

—Vaya a decirle adiós a la abuela —me dijo mi madre.

Cuando di cumplimiento a esta orden, encontré a la princesa insensible en apariencia y sin manifestar

sorpreza alguna por mi marcha. Me recibió como de ordinario.

—Hermosa mía, te vas al convento —me dijo—; allí verás a tu tía, que es una excelente mujer. Yo cuidaré de que no estés sacrificada y de que seas independiente para poder casarte con quien desees.

Murió seis meses después, habiendo entregado su testamento al más asiduo de sus antiguos amigos, al príncipe de Talleyrand, el cual, haciendo una visita a la señorita de Chargeboeuf, halló el medio de hacerme saber por esta que mi abuela me prohibía pronunciar los votos. Confíe en que tarde o temprano encontraría al príncipe y lograría saber por él lo demás. De modo que, cervatilla mía, si no he encontrado a nadie para recibirme, me he consolado con la sombra de la querida princesa, y me ha puesto en disposición de cumplir uno de nuestros convenios, que es, como recordarás, el de iniciarnos mutuamente en los más insignificantes detalles de nuestra casa y de nuestra vida. ¡Es tan agradable saber cómo y dónde vive el ser que nos es querido! Descríbeme bien las menores cosas que te rodean, en fin, todo, hasta los efectos que hace la puesta del sol en los grandes árboles.

10 DE OCTUBRE

Llegué a las tres de la tarde. A eso de las cinco y media vino Rose a decirme que mi madre había vuelto, y bajé a saludarla. Mi madre ocupa en el piso bajo una habitación dispuesta como la mía y en el mismo

pabellón. Estoy encima de ella y tenemos la misma escalera oculta. Mi padre ocupa el pabellón opuesto; pero, como por la parte del patio existe además el espacio que ocupa en nuestra habitación la gran escalera, la suya es mucho más espaciosa que las nuestras. A pesar de los deberes de la posición que la vuelta de los Borbones les ha devuelto, son tan grandes las casas de nuestros antepasados que mi padre y mi madre continúan habitando el piso bajo y pueden recibir en él. Encontré a mi madre en su salón, donde nada ha cambiado. Estaba ya vestida. De peldaño en peldaño, me iba yo preguntando cómo me recibiría esta mujer, que ha sido tan poco madre y que, en ocho años, solo me ha escrito las dos cartas que tú conoces. Pensando que era indigno de mí fingir una ternura imposible, fui preparándome para entrar en actitud de religiosa necia, y, cuando estuve en su presencia, me sentí verdaderamente azorada. Este azoramiento se disipó bien pronto. Mi madre se mostró amabilísima; no dio muestras de falsa ternura, no estuvo fría, no me trató como a una extraña ni me puso en su seno como a una hija amada; me recibió como si me hubiese visto la víspera, fue para mí la más grata y la más sincera amiga, me habló como a una mujer hecha y derecha, y, nada más verme, me besó en la frente.

—Querida mía, si ha de morir en el convento, más vale que viva con nosotros —me dijo—. Destruya los proyectos de su padre y los míos, pero ya no estamos en los tiempos en que los padres eran ciegamente obedecidos. La intención del señor de

Chaulieu, que está en todo de acuerdo con la mía, es no perdonar nada para hacerle la vida agradable y para dejarle ver el mundo. A su edad, yo hubiera pensado como usted; así es que no le guardo rencor alguno; usted no puede comprender lo que nosotros le pedíamos. Nunca encontrará en mí una severidad ridícula. Si alguna vez desconfió de mi corazón, muy pronto comprenderá que se ha engañado. Aunque yo desee dejar a usted en completa libertad, creo que, en los primeros momentos, haría bien en escuchar los consejos de una madre que ha de comportarse con usted como si fuese una hermana.

La duquesa hablaba con cariño y arreglaba mi caperuza de colegiala. Me sedujo. Tiene treinta y ocho años y es hermosa como un ángel; tiene unos ojos de un hermoso azul oscuro, unas pestañas que parecen de seda, una frente sin arrugas, una tez tan blanca y rosada que cualquiera creería que se pinta, una espalda y un pecho asombrosos, un talle esbelto y delgado como el tuyo, una mano de insólita belleza, y es blanca como la leche; las uñas son tan finas que la luz penetra a través de ellas; el dedo meñique está un poquito separado de los otros dedos, y el pulgar parece de marfil; finalmente, tiene el pie como la mano, un pie español como la señorita de Vandenesse. Si es así a los cuarenta años, creo que se conservará aún hermosa a los sesenta. A sus palabras, cervatilla mía, contesté como hija sumisa. He sido para ella lo que ella fue para mí, mejor dicho, yo estuve más amable porque su belleza me cautivó, y le he perdonado su abandono, comprendiendo que una mujer como ella se había vis-

to arrastrada por su papel de reina. Se lo he dicho con mucha ingenuidad, como si hubiese estado hablando contigo. Es fácil que ella no se esperase ver salir de mis labios frases tan cariñosas. Los sinceros homenajes de mi admiración la conmovieron infinitamente; sus modales cambiaron, se mostró más amable aún y, por un momento, dejó de tratarme de usted.

—Eres una buena hija, y espero que seamos amigas.

Esta frase me pareció adorable por su sencillez. No quise hacerle ver la manera en que la tomaba, porque comprendí enseguida que debo dejarle creer que es mucho más astuta e inteligente que su hija. Me hice, pues, la tonta, y ha quedado enamorada de mí. Le besé las manos varias veces, diciéndole que me consideraba muy feliz con que obrase así conmigo, que estaba muy contenta, y hasta llegué a confiarle mis temores. Se sonrió, me cogió por el cuello para acercarme a ella y me besó en la frente, haciendo al mismo tiempo un gesto de ternura.

—Querida hija —me dijo—, hoy tenemos gente a cenar, y acaso piense como yo que es mejor, para que usted haga su entrada en el mundo, esperar a que la costurera tenga hechos los trajes; así que, después de haber saludado a su padre y a su hermano, vuelva a subir a sus habitaciones.

A lo cual accedí yo de buena gana. La elegancia y el encantador tocado de mi madre era la primera revelación de este mundo visto en sueños; pero no sentí el menor movimiento de envidia. Mi padre se presentó.

—Caballero, aquí tiene usted a su hija —le dijo la duquesa.

Mi padre adoptó inmediatamente los modales más afectuosos y desempeñó tan bien su papel de padre que llegué a creerle dotado de corazón.

—¿Ya está usted aquí, hija rebelde? —me dijo tomándome ambas manos y besándomelas con más galantería que amor paterno.

Y me atrajo hacia sí, me tomó por el talle y me estrechó para besarme en los carrillos y en la frente.

—Reparará usted en la pena que nos causa su cambio de vocación con el placer que nos ha de ocasionar su éxito en el mundo. ¿Sabe usted, señora —dijo dirigiéndose a mi madre—, que me parece que nuestra hija va a ser muy bonita y que algún día podrá usted mostrarse orgullosa de ello? Aquí tiene usted a su hermano Rhetoré —añadió, mirándome a mí—. Alphonse —dijo a un hermoso joven que acababa de entrar—, he aquí a su hermana la religiosa, que acaba de colgar los hábitos.

Mi hermano se aproximó a mí sin darse gran prisa, me cogió la mano y me la estrechó.

—Bésela —le dijo el duque.

Y entonces me besó en ambas mejillas.

—Hermana mía, siento un gran placer en verla —me dijo— y apoyo su determinación en contra de mi padre.

Le di las gracias; pero me parece que bien podría haber venido él a Blois, cuando iba a Orléans para ver a nuestro hermano, el marqués de guarnición que allí estaba. Me retiré temiendo que llegasen visitas. Hice algunos arreglos en mi habitación y puse so-

bre el terciopelo color de plomo de la hermosa mesa todo lo que necesitaba para escribirte, pensando en mi nueva posición.

Así fue, blanca cervatilla mía, como pasaron las cosas a la vuelta de una joven de dieciocho años, después de una ausencia de nueve, al hogar de una de las familias más ilustres del reino. El viaje y las emociones de esta vuelta a la familia me habían fatigado y me acosté como en el convento, a las ocho, después de haber cenado. Se conserva aquí hasta un pequeño cubierto de porcelana de Sajonia que aquella querida princesa guardaba para comer sola en su habitación, cuando así se le antojaba.

II

La misma a la misma

25 DE NOVIEMBRE

Al día siguiente encontré mis habitaciones puestas en orden y arregladas por el anciano Philippe, que había colocado flores en los jarros. Por fin, me instalé en ellas. Solo que nadie había pensado en que una pensionista de las carmelitas siente el hambre muy temprano, y Rose se vio muy apurada para hacerme el almuerzo.

—La señorita se ha acostado a la hora en que se ha servido la cena y se levanta en el momento en que monseñor acaba de entrar.

Me puse a escribir. A eso de la una, mi padre llamó a la puerta de mi saloncito, preguntó si podía recibirle, yo misma fui a abrirle la puerta, entró y me encontró escribiéndote.

—Querida mía, tiene usted que vestirse y arreglarse, y, para este objeto, encontrará en esta bolsita doce mil francos. Esto es un año de rentas que le concedo para sus gastos. Se entenderá con su madre para tomar una dama de compañía que le convenga, si miss Griffith no le agrada; porque la señora de Chaulieu no tendrá tiempo para acompañarla por la mañana. Tendrá usted también a sus órdenes un carruaje y un criado.

—Déjeme usted a Philippe —le dije.

—Está bien —me respondió—. No pase usted cuidado; su fortuna es bastante considerable para no tener que pesar sobre su madre ni sobre mí.

—¿Sería indiscreta si le preguntase a cuánto asciende mi fortuna?

—De ningún modo, hija mía —me dijo—; su abuela le ha dejado quinientos mil francos, que eran sus ahorros, pues no ha querido privar a su familia ni de un pedazo de tierra. Esta suma ha sido colocada en papel del Estado. La acumulación de intereses produce hoy unos cuarenta mil francos de renta; yo quería emplear esta suma para constituir la fortuna de su segundo hermano; así que usted interfiere en mis proyectos; pero acaso más tarde participe en ellos. Yo lo espero todo de usted. Me parece más ra-

zorable de lo que yo creía. No necesito decirle cómo debe comportarse una señorita de Chaulieu, porque el orgullo pintado en sus facciones me parece la mayor garantía. En nuestra casa, las precauciones que toman las gentes insignificantes para guardar a sus hijas nos parecen injuriosas. Un insulto que cualquiera se atreviese a dirigir a usted podría costarle la vida a uno de sus hermanos si el cielo se mostrase injusto. No le digo a usted nada más respecto a este punto. Adiós, hijita mía.

Me besó en la frente y se fue. Después de una perseverancia de nueve años, no me explico el abandono de este plan. Mi padre se ha mostrado a mis ojos con una franqueza que me agrada mucho. No hay en sus palabras ninguna ambigüedad. Mi fortuna tenía que ser para su hijo, el marqués. ¿Quién ha sido el que ha sentido algo por mí? ¿Habría sido mi madre?, ¿mi padre?, ¿mi hermano?

Permanecí sentada en el sofá de mi abuela, con los ojos fijos en la bolsa que mi padre había dejado encima de la chimenea, satisfecha y descontenta a la vez de esta atención que mi pensamiento prestaba al dinero. Verdad es que no tengo que pensar más en ello; mis dudas se han aclarado, y no deja de haber algo digno en ahorrarme todo sufrimiento orgulloso respecto a este punto. Philippe recorrió durante una gran parte del día todos los establecimientos de los comerciantes y de los obreros que se van a encargar de operar mi metamorfosis.

Una célebre modista, una tal Victorine, vino ya, así como una costurera y un zapatero. Estoy

impaciente como una niña por saber cómo estaré cuando haya dejado el saco en que nos envolvía el traje conventual; pero todos esos operarios exigen mucho tiempo para terminar sus obras; el sastre de corsés pide ocho días para hacerme uno que no me estropee la cintura. Esto se pone serio; ¿acaso tengo yo cintura? Janssen, el zapatero de la Ópera, me ha asegurado que tengo el mismo pie que mi madre. He pasado toda la mañana entregada a estas serias ocupaciones. Ha venido también un guantero, que me tomó medidas. La costurera ha recibido ya mis órdenes. A la hora de mi cena, que era para el resto de la casa la del almuerzo, mi madre me dijo que iríamos juntas a casa de las modistas para comprar los sombreros, a fin de formarme el gusto y de ponerme en disposición de encargar los míos. Estoy tan aturdida de esta especie de independenciamiento como un ciego que hubiese recobrado la vista. Ahora puedo juzgar la diferencia que existe entre una carmelita y una hija del mundo, diferencia que es tan grande que jamás hubiéramos podido concebirla nosotras. Durante el almuerzo, mi padre estuvo distraído, y nosotros lo dejamos absorto en sus ideas. Es hombre que está en todos los secretos del rey. Yo quedé completamente olvidada, pero ya me he dado cuenta de que se acordará de mí cuando me necesite. A pesar de sus cincuenta años, mi padre es un hombre encantador; es esbelto, bien hecho, rubio y tiene elegantes y graciosos modales; posee el rostro expresivo y rígido de los diplomáticos, su nariz es delgada y larga, y sus ojos, negros. ¡Qué bonita pareja! Cuán singulares

pensamientos se me han ocurrido al ver claramente que estos dos seres, igualmente nobles, ricos y superiores, no viven nunca juntos, no tienen de común más que el apellido, y solo se mantienen unidos a los ojos del mundo. Lo más granado de la corte y de la diplomacia estaba ayer aquí. Dentro de algunos días iré a un baile de la duquesa de Maufrigneuse, y seré presentada en esta sociedad que tanto deseaba conocer. Todas las mañanas vendrá un maestro de baile a darme lecciones, y, so pena de no ir al baile, tengo que aprender a bailar en un mes. Antes de la comida, vino a verme mi madre para hablarme de la señorita de compañía. Hemos quedado en que conservaré a miss Griffith, que le ha sido cedida por el embajador de Inglaterra. Esta miss es hija de un sacerdote, está perfectamente educada, su madre era noble, tiene treinta y seis años, y me enseñará inglés. Miss Griffith es lo bastante bella para tener pretensiones; es pobre y orgullosa; es escocesa. Será mi carabina y dormirá en el cuarto de Rose. Esta estará a las órdenes de miss Griffith. He comprendido inmediatamente que lograré gobernar a mi gobernanta. Hace seis días que estamos juntas, y ha adivinado perfectamente que yo soy la única que puedo interesarme en ella; y yo, por mi parte, a pesar de su actitud de estatua, preveo que ha de ser complaciente conmigo. Me parece una buena muchacha, pero discreta. Aún no he podido saber nada de lo que han convenido ella y mi madre.

¡Otra noticia que me parece insignificante!

Esta mañana, mi padre ha rechazado el ministerio que le han propuesto. De ahí su preocupación

de anoche. Ha dicho que prefiere una embajada a los disgustos de las discusiones públicas, y que España le resultaría atractiva. He sabido estas noticias en el almuerzo, único momento del día en que mi padre, mi madre y mi hermano se ven con cierta intimidad. En este momento, los criados no se presentan más que cuando se les llama. El resto del tiempo, mi hermano está ausente, lo mismo que mi padre. Mi madre se viste y no está visible más que de dos a cuatro; a las cuatro sale a dar un paseo de una hora; recibe de seis a siete cuando no cena fuera de casa, y la noche la emplea en los placeres, como el teatro, los conciertos, el baile, las visitas. En fin, su vida está tan ocupada que no creo que tenga un cuarto de hora libre para sí. Debe emplear bastantes horas en hacer su tocado de la mañana, porque a las once y media, que es cuando se almuerza, se presenta siempre divina. Ahora empiezo a explicarme el ruido que hay en su habitación; al levantarse, toma un baño casi frío y una taza de café con crema, también frío, y después se viste; no está nunca despierta antes de las nueve de la mañana, excepto en días extraordinarios, y en verano da paseos matinales a caballo. A las dos recibe a un joven que aún no he logrado ver. Esta es nuestra vida de familia. No nos encontramos más que en el almuerzo y en la cena, y, aun en esta última, a menudo está mi madre sola. Adivino ya que con frecuencia me veré en la precisión de comer con miss Griffith en mi habitación, como hacía mi abuela. Mi madre come muchas veces fuera de casa. No me extraña nada el poco cuidado que mi familia se toma por

mí. Querida mía, en París es un verdadero heroísmo amar a la gente que está a nuestro lado, porque frecuentemente no estamos ni con nosotros mismos. ¡Cómo uno se olvida de los ausentes en esta ciudad! Y, sin embargo, no he puesto aún los pies fuera de casa y no conozco nada. Aguardo estar libre de mis antiguos modales, y que mi apariencia y mis maneras estén en armonía con este mundo cuyo movimiento me asombra, a pesar de que no oigo su ruido más que de lejos. Aún no he salido más que al jardín. Los italianos de la Comédie abren temporada dentro de algunos días. Mi madre tiene allí un palco. Me enloquece el deseo de oír la música italiana y ver una ópera francesa. Empiezo a abandonar las costumbres del convento para tomar las de la vida mundana. Te escribo por la noche hasta el momento en que me acuesto, que ahora se ha retrasado hasta las diez, hora en que mi madre sale cuando no va a algún teatro. Hay en París doce teatros. Ahora comprendo que mi ignorancia es crasa: leo mucho, pero lo hago sin mucha distinción. Un libro me lleva a otro. Encuentro los títulos de las obras en las cubiertas de la que estoy leyendo; pero, como nadie me guía, encuentro que algunas son muy aburridas. Lo que he leído de literatura moderna versa sobre el amor, cosa que era continuo objeto de nuestras conversaciones, ya que nuestro destino se ha hecho por el hombre y para el hombre; pero ¡cuán por debajo están nuestros autores de las dos muchachitas llamadas la cervatilla blanca y la nenita: Renée y Louise! ¡Ay, ángel querido! ¡Qué pobres acontecimientos, qué extravagancia

y cuán mezquina es la expresión de este sentimiento! Sin embargo, ha habido dos libros que me han gustado mucho, el uno es *Corinne*, y el otro, *Adolphe*. A propósito de esto: pregunté a mi padre si podía ver a la señora de Staël. Mi madre, mi padre y Alphonse se echaron a reír, y este último dijo:

—Pero ¿de dónde sale?

A lo que mi padre respondió:

—Somos bien necios al reírnos, pues no tenemos en cuenta que sale de las carmelitas.

—Hija mía, la señora de Staël murió ya —me dijo la duquesa, con amabilidad.

—¿Y cómo es que puede ser engañada una mujer? —pregunté a miss Griffith cuando acabé de leer *Adolphe*.

—Pues puede ser engañada cuando ama —me contestó ella.

Dime pues, Renée, ¿será posible que un hombre pueda engañarnos a nosotras?...

Miss Griffith ha acabado por entrever que no soy tonta más que a medias, que tengo una educación desconocida, la que nosotras nos hemos dado la una a la otra, razonando hasta donde cabe recordar. Ha comprendido que mi ignorancia atañe únicamente a las cosas exteriores. La pobre criatura me ha abierto su corazón. Su lacónica respuesta me ha causado un ligero estremecimiento. Miss Griffith me repitió que no me dejase deslumbrar por nada en el mundo y que desconfiase de todo, principalmente de aquello que más me agradase. La pobre no sabe ni puede decirme más. Este dis-